
CAPITULO LVII.

REGOCIJOS Y LÁGRIMAS.

El pueblo de Madrid ansiaba con suma vehemencia el venturoso instante de ver en su seno al duque de la Victoria; así fué que apenas se divulgó la noticia de su aproximacion, inmenso gentío pobló la prolongada y anchurosa calle de Alcalá, á cuya puerta se dirigian presurosos los mas entusiastas, y no fué por cierto escaso el número de los que á caballo ó en carruaje salieron á recibirle ganosos de acelerar la ocasion de felicitar al caudillo, en cuyos antecedentes cifraban las esperanzas mas lisonjeras.

Tambien la Junta superior, antes de disolverse, habíale salido al encuentro, mas allá de la venta del Espíritu Santo, donde ocurrió uno de esos sublimes espectáculos de patriótica expansion, cuya definicion no cabe en lo posible.

El venerable presidente de la Junta, con lágrimas de ternura en los ojos, con el corazon latente de entusiasmo dirigió en nombre del pueblo una alocucion de bienvenida á Espartero, que fué

mil veces interrumpida por las generales aclamaciones del inmenso gentío que ocupaba todas aquellas cercanías.

Cerca de la puerta de Alcalá, conmovido el duque y puesto de pié en su carruaje, manifestó sus deseos de espresar lo que en aquel solemne momento sentia su corazon, y al prolongado y frenético clamoreo de la multitud, sucedió de repente un silencio profundo.

Entonces con sonora voz, con magestuosa entonacion, con dignos ademanes y sentido acento, pronunció Espartero las siguientes palabras:

— Madrileños: me habeis llamado para afianzar para siempre las libertades patrias.

— Sí, sí; — gritaba ébria de placer la muchedumbre.

— Aquí me teneis; — continuó el caudillo.

Mil vítores interrumpieron á Espartero por luengo rato.

— Y si alguno de los enemigos irreconciliables de nuestra sacrosanta libertad, intenta arrancárnosla; — continuó, — con la espada de Luchana, — y desenvainó y vibró al aire el glorioso acero, — me pondré al frente de vosotros, de todos los españoles, y os enseñaré el camino de la gloria.

Es de todo punto imposible describir el mágico efecto que produjeron en la entusiasta muchedumbre la vista de la espada vencedora, el ademan verdaderamente marcial y espontáneo del duque, y la energía con que pronunció sus últimas palabras.

Espartero apareció en aquel momento bellísima figura de gigante, y levantada hasta su colmo la general alegría, presentaba el conjunto uno de esos cuadros que solo fuera fácil bosquejar al maravilloso pincel que con tanta maestría pintó á Aquiles vibrando la espada en la córte de Licomedes, al inmortal Rubens, príncipe de la escuela flamenca.



(25)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

En nombre de la fuerza ciudadana felicitó igualmente al duque el alcalde primero constitucional, puesto al frente del ayuntamiento, y el duque respondió en términos análogos á los que tan ardiente entusiasmo habian producido.

Después de cien tiernísimas escenas, en que el vencedor de Luchana abrazaba tan cordialmente á un humilde hombre del pueblo, como á un personaje de la mas alta categoría, soltaba la mano de un general para estrechar á su vez la rústica diestra de un pobre obrero, entró Espartero en Madrid en carretela descubierta, puesto en ella de pié entre dos ayudantes que permanecieron sentados, y escoltado por varios generales y otros gefes de alta graduacion.

Un nuevo espectáculo, mas grandioso aun que el que acabamos de relatar, se presentó á los ojos del afortunado general.

La popular muchedumbre apiñada por do quier, saludaba con gritos atronadores *al hombre que aceptaba los principios de una revolucion santa y triunfante, al caudillo que de este modo reconocia y acataba como autoridad suprema la soberanía del pueblo.*

Las azoteas y ventanas veíanse coronadas de gente, lo mismo que los infinitos balcones, todos ornados con bellísimas y vistosas colgaduras de varios colores y caprichosas formas, desde los cuales las hermosas madrileñas agitaban sus blancos pañuelos para dar mayor realce á la grandiosa ovacion de que era objeto el conde-duque, el que habia aceptado el gran compromiso de consolidar la libertad en España.

El vitoreado campeón, derramaba lágrimas de amor y de gratitud; y ansioso de espresar las emociones de su corazon, agitaba á su vez el pañuelo blanco en todas direcciones, y hacia ademanes de abrazar á sus compatriotas, como para corresponder á los saludos de las damas y á las frenéticas aclamaciones del pueblo, que reso-

naron sin cesar un instante, durante su tránsito hasta el palacio régio.

A la carretela en que iba el duque, después de la brillante escolta de generales y gefes militares de distincion, seguia una compañía de los defensores de las barricadas, uniformados con blusas y sombreros chambergos, y en pos de estos alternaban por mitades de compañía la Milicia nacional y el ejército, marchando todos marcialmente al compás del himno de Riego.

Después de una breve visita, salió el conde-duque del real palacio, y fué de nuevo acogido por las atronadoras aclamaciones del pueblo.

La reina y su esposo se asomaron á una de las marmóreas galerías del alcázar, y contribuyeron con sus saludos á la magnífica ovacion que presenciaban, de la cual era objeto esclusivo el caudillo popular.

Los españoles, cualquiera que sea su condicion, son siempre galantes con las damas, y al ver que una señora se unia á ellos para felicitar á Espartero, fué tambien vitoreada la reina; pero *la reina constitucional.*

El duque de la Victoria se trasladó á su alojamiento, preparado en la calle de Espoz y Mina, casa del capitalista Matheu.

Aun hervia el entusiasmo que la entrada de Espartero habia despertado en los corazones liberales, cuando otra escena análoga vino á colmar la general alegría, si posible era que frisara ya con mayor altura.

El caudillo de Vicálvaro fué recibido en el ferro-carril por la Junta y el ayuntamiento, y felicitado por el anciano general San Miguel.

La contestacion del conde de Lucena fué modesta y digna, li-

mitándose á manifestar con sentidas espresiones que el que presta sus servicios á la patria y lucha por salvar su libertad no hace mas que cumplir con su deber.

Dirigióse O'Donnell al alojamiento del duque de la Victoria, y el pueblo de Madrid presenci6 á la saz6n la escena que mas bellas esperanzas le hizo concebir.

Todos los corazones palpitaron de júbilo, todos los ojos vertieron lágrimas de entusiasmo, todos los lábios prorumpieron en ardientes vítores al ver aparecer en el balcon á los dos hombres, en cuya armonía cifraba el pueblo su esperanza, fraternalmente abrazados.

¡Generales Espartero y O'Donnell! no debísteis olvidar nunca la ovacion que aquel dia recibísteis del her6ico pueblo de Madrid.

El pueblo no vitore6 á Espartero, no vitore6 á O'Donnell solo porque eran O'Donnell y Espartero.

El pueblo vitore6 á los dos valientes que aceptaban todas las consecuencias de la revolucion, al que la habia inaugurado en Vicálvaro, al que la habia secundado en Zaragoza, á los que se sometian enteramente al gran principio de la SOBERANÍA DEL PUEBLO, á los que repetidamente prometieron que no tendrían mas norte en su conducta que LA VOLUNTAD NACIONAL.

Esto explica el entusiasmo de un pueblo hastiado ya de ser vil juguete de sus opresores.

No lo olvideis, generales, os vitore6 en la esperanza, en la seguridad de que sabríais quedar airosos en vuestra empresa, cual cumple á leales caballeros.

Os vitore6 porque os presentábais como caudillos de la mas justa y santa de las revoluciones.

Os vitore6 porque prometísteis que SI LOS ENEMIGOS DE NUESTRA

SACROSANTA LIBERTAD INTENTASEN ARRANCÁRNOSLA, OS PONDRIAIS AL FRENTE DEL PUEBLO PARA ENSEÑARLE EL CAMINO DE LA GLORIA.

Os vitore6 en fin porque todo lo esperaba de vuestras solemnes promesas.

No seais ap6statas si queréis salvaros y salvar á la nacion.

¿Tanto cuesta gobernar bien á los pueblos?

No hay cosa mas fácil en el mundo cuando va unida la probidad á la inteligencia.

Si esto es cierto ¿por qué se gobierna mal?

Por la dificultad de hallar hombres que reunan las dos citadas cualidades, y desgraciadamente en España hemos visto elevarse á las regiones del poder muchas nulidades políticas y diplomáticas, sin otros méritos que su insaciable ambicion y descarada osadía.

El moderantismo ha sido fecundo en este género de *hombres de Estado*.

Preguntad á esos hombres ¿qué es gobernar?

Os responderán: mandar desp6ticamente y enriquecerse.

Si no hay en ellos suficiente franqueza para dar esta lac6nica y cínica respuesta con la palabra, la darán y la han dado siempre con su conducta.

Para conservar el órden del pais necesitan un numeroso ejéercito que le aniquile.

No hablaremos de los brazos que roba este ejéercito á la industria, á la agricultura, al comercio y á las artes, ni de la desolacion que lleva al seno de las familias arrancándoles una juventud brillante, que era su esperanza y consuelo.

¿Qué importa el corazon de una madre herida en la fibra mas dolorosa?

Los opresores necesitan soldados para oprimir.

Es preciso darles hombres á quienes la ordenanza militar convierta en máquinas mortíferas.

Sin estas máquinas no puede haber tranquilidad,

¿Y no puede rebelarse el mismo ejército contra los déspotas?

Responda por nosotros el general O'Donnell.

¿Y cómo evitar semejantes rebeliones?

Haciendo que el ejército esté contento.

Vistiendo al soldado con asiático lujo, dándole todo género de comodidades y pagándole hasta con prodigalidad, no escaseando los ascensos de los señores oficiales y gefes, y aumentando de día en día el catálogo de los generales.

Pero esto aumenta el presupuesto.

No importa; el pueblo lo paga.

Hé aquí la táctica del gobierno *polaco* que de ninguna manera debiera ser imitada por los gobernantes que surgieron de la revolución de julio de 1854.

El gobierno de Espartero debe aspirar á ser respetado por el amor del pueblo, y no por el terror que infunden las bayonetas, porque en este último caso no se cumpliría la voluntad nacional.

El gobierno de Espartero debe atestiguar que la igualdad ante la ley no es una farsa, porque si el pueblo vé que los criminales de alta categoría quedan impunes, y á los pobres que delinquen se les aplica todo el rigor de la justicia, creará que aun se vive en España bajo la influencia de los *polacos*.

El gobierno de Espartero no debe desconfiar nunca de la Milicia nacional, antes debe apoyarse en ella, porque si llegára un día á divorciarse de este elemento de orden público, no faltarian nuevos Bravo-Murillos que intentasen otro *golpe de Estado*.

El gobierno de Espartero debe proteger la libertad de impren-

ta, porque únicamente los tiranos temen la libre emision del pensamiento.

El gobierno de Espartero, en una palabra, no debe cejar un solo paso en la senda del *progreso indefinido*, porque esta es la *voluntad nacional*, y terminantemente lo deja consignado la Junta suprema de la revolucion de julio en su alocucion de despedida.

Deber es tambien del general O'Donnell coadyuvar á la consolidacion de esa gloriosa marcha de eterno progreso, porque así lo prometió de una manera solemne á la faz del mundo en su célebre programa de Manzanares.

Un solo paso de retroceso en Espartero y O'Donnell seria un crimen mayor que cuantos cometieron los *polacos*, porque los *polacos* se consideraban en su derecho al gobernar el pais con arreglo á sus máximas.

Las máximas de los *polacos* eran inicuas, y la nacion entera se sublevó contra ellas, é hizo uso de su soberanía para abolirlas por siempre, y anonadar á sus apóstoles.

Espartero y O'Donnell no deben hacer nada que tenga la mas leve afinidad con las doctrinas del moderantismo, y renunciar enteramente á esos estados de sitio y medidas escepcionales que confunden nuestra legislacion con la de los tiempos bárbaros.

¿Quereis que haya paz en la nacion?

Procurad, hombres del gobierno, granjearos el amor de vuestros compatriotas por medio de una marcha franca y resuelta, sin desviarnos nunca del camino de la legalidad.

Protejed el mérito y las virtudes, activad cuanto pueda contribuir al desarrollo de la riqueza nacional.

Consolidad un sistema de seguridad y confianza para los capitalistas, y vereis en breve abrirse esas fábricas de Cataluña, y sur-

gir de día en día nuevas empresas de ferro-carriles, y renacer la alegría en las virtuosas masas trabajadoras.

Dad confianza al comercio, proteccion á las ciencias y artes, y renacerá el trabajo, y nadie se acordará de revueltas, y hasta los ódios escitados por las pasiones políticas, llegarán á desaparecer en medio del contentamiento general y de la prosperidad del país.

La máxima de los polacos era: «Sacrifíquese el país mientras nosotros improvisamos colosales fortunas que nos proporcionen todo linage de goces.»

Vuestra máxima debe ser: «Consagremos nuestra voluntad, nuestra inteligencia, nuestro celo, nuestros afanes á la felicidad de nuestra patria;» y vereis como de este modo, no solo labrais la ventura del pueblo español, sino la vuestra propia, y vuestro bienestar será mas delicioso que el de los magnates de la inmoralidad, porque vuestros goces serán puros, vuestra conciencia estará satisfecha y tranquila, y en la gratitud y las bendiciones de vuestros conciudadanos hallareis el bello galardón que mas lisonjea al mortal de sentimientos nobles y generosos.

La última revolucion de España nos recuerda el hermoso cuadro de aquella nación que, segun el vaticinio de un gran filósofo, ha de inaugurar la libertad universal.

¡Oh! qué gloria sería para España, qué gloria para el general Espartero, si no separándose este de la voluntad del pueblo, fueran el pueblo español y su caudillo los que diesen la paz y la verdadera libertad al mundo entero.

El magnífico cuadro á que hacemos alusion, cuadro fantástico que hace luengos años que está escrito, es el siguiente:

Somos una nación populosa, ¡y parece que no tenemos brazos!
Poseemos un suelo fertilísimo, ¡y carecemos de producciones!

Somos activos y laboriosos, ¡y vivimos en la indigencia!

Pagamos enormes tributos, ¡y nos dicen que no son suficientes!

Estamos en paz con las naciones vecinas, ¡y nuestros bienes no están seguros entre nosotros mismos!

¿Cuál es pues el enemigo oculto que nos devora?

Y algunas voces partidas del medio de la multitud respondieron:

«Levantad el estandarte del PROGRESO INDEFINIDO, para que se agrupen en su derredor todos los que por medio de útiles trabajos mantienen y conservan la sociedad, y entonces conoceréis al enemigo que os devora.»

Y de repente se enarboló el glorioso estandarte.

Y la nación se vió dividida en *dos bandos desiguales* que por su respectivo aspecto formaban singular contraste.

El uno numerosísimo, ofrecia en la pobreza general de sus vestidos y en los rostros atezados y descarnados, los indicios del trabajo y de la miseria.

El otro bando, reducido á un pequeñísimo grupo, ostentaba en la riqueza de sus vestidos, recamados de oro y plata, y en la lozanía de sus rostros, los síntomas de la holgazanería y de la abundancia.

El primer bando, ó sea el grupo de los mas, componíase de labradores, artesanos, mercaderes, y de todas las profesiones estudiosas útiles á la sociedad.

El grupo de los menos se componia del alto clero, de empleados del fisco, y de otras varias clases, de generales y otros individuos de la aristocracia, con uniformes, libreas y otros distintivos, en fin, de agentes religiosos, civiles ó militares del gobierno.

Y hallándose estos dos bandos frente á frente, contemplábanse con admiracion, la cólera y el miedo retratados en los rostros de

los menos, y el sufrimiento y la esperanza en los de los mas.

El gran grupo dijo por fin al mas pequeño:

—¿Por qué estais separados de nosotros? ¿No sois una parte de nosotros mismos?

—No, —respondió el grupo de los menos. —Vosotros sois el pueblo, nosotros la clase privilegiada, y tenemos nuestras leyes, nuestros usos, y nuestros derechos particulares.

EL PUEBLO.

¿Y de qué trabajo vivís en vuestra sociedad?

LA CLASE PRIVILEGIADA.

Nosotros no hemos nacido para trabajar.

EL PUEBLO.

¿Cómo habeis adquirido tantas riquezas?

LA CLASE PRIVILEGIADA.

Tomándonos el cuidado de gobernaros.

EL PUEBLO.

¡Qué decis! Nosotros nos fatigamos ¡y vosotros gozais!

Nosotros producimos ¡y vosotros disipais!

Las riquezas provienen de nosotros, ¡y vosotros las absorbéis!

¿Y á esto llamais gobernar?

¡Clase privilegiada! cuerpo distinto, que no queréis ser del pueblo, formad vuestra nacion separada, y veremos como subsistireis.

Al oír esto, el grupo pequeño deliberó sobre este nuevo incidente.

Algunos hombres justos y generosos dijeron que era preciso reunirse al pueblo y participar de sus cargas y ocupaciones: pero otros alegaron con orgullo que seria una vergüenza confundirse

con las clases plebeyas que habian nacido para servirles, y que era preciso recordar su origen noble á la multitud, para que se postrase ante ellos.

LOS NOBLES.

¡Pueblo! ¿os olvidais que nuestros antepasados han conquistado este pais, y que si vuestro origen ha obtenido su salvacion, fué con condicion de servirnos?

Ved pues ahí nuestro contrato social.

Ved pues ahí la supremacia y el privilegio constituidos por el uso, y prescritos por el transcurso del tiempo.

EL PUEBLO.

¡Origen puro de los conquistadores! manifestadnos vuestra genealogía, y entonces veremos si lo que en un individuo es robo y rapiña, viene á ser virtud en una nacion.

.....

Y al instante se oyeron voces en diferentes puntos, apellidando por sus nombres una multitud de nobles, y citando su origen y sus parientes, nombraban á sus bisabuelos, á sus abuelos y á sus mismos padres, que habian nacido mercaderes, artesanos, y después de haberse enriquecido, SIN DETENERSE EN LOS MEDIOS, habian comprado á peso de oro, ó con adulaciones, apostasias, y hasta con crímenes, su nobleza; por manera que un reducido número de familias era realmente de linage ilustre y antiguo.

El pueblo acogia con grandes risotadas, y hasta con rumores de indignacion, cada origen de nobleza que se le presentaba.

LOS NOBLES.

¡Pueblo! Sed sensatos, acatad el principio de la autoridad legitima, el rey lo quiere asi, y la ley lo ordena.